

La cultura que generó *el mundo del azúcar*

El azúcar unió a Cuba. La cultura que se generó en su ámbito ◀ **El azúcar unió a Cuba** conforma hoy la cultura nacional. El batey, coto cerrado, célula fundamental, contribuyó a la fusión integradora de todos los valores originarios de nuestro país. Ahí se fundieron las corrientes básicas de nuestro ser, como antes se habían encontrado las de origen africano en el barco negrero, en el barracón, en los cabildos y finalmente en el solar, donde se dan el abrazo definitorio todas las manifestaciones que componen nuestro acervo espiritual y material.

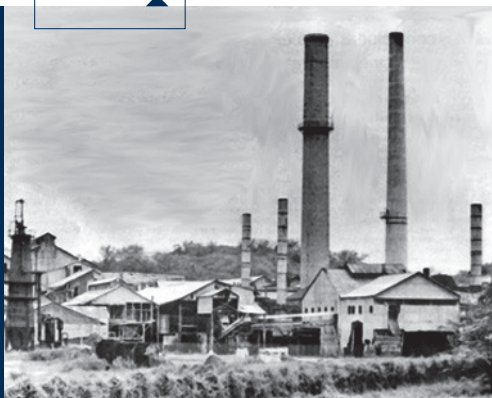
Las culturas africanas llegadas a Cuba en oleadas intermitentes se transformaron y crearon nuevas especies y categorías. Todo este proceso sincrético, que se inició en las costas africanas del golfo de Guinea y de toda el África subsahariana, se desarrolló con mayor fuerza y complejidad en las tierras de América. Proceso de sincretismo que no cesa, pues se da de una forma dinámica y permanente. Junto a los distintos grupos étnicos que llegaron de África, vinieron sus expresiones culturales, tanto artísticas como religiosas. Y todo ese conglomerado humano estaba orientado hacia los campos donde se cultivaba, principalmente, la caña de azúcar.

La pequeña célula del trapiche, que luego se convertiría en el gran complejo del ingenio, fue el asidero de estas masas humanas tan heterogéneas como complejas. En fusión con el hombre blanco español o criollo, las culturas

africanas recibieron un impacto que las hizo variar; primero entre sí y luego entre los grupos blancos y ella. Este impacto hizo que se creara en nuestro país una forma nueva de cultura, donde el blanco recibía también su contagio.

El sistema de plantación contribuyó a esa integración y a ese sincretismo. El ingenio fue el lugar donde esa gran hazaña volitiva, como gustaba decir Elías Entralgo, se desarrolló. En el ingenio se encontraron por primera vez el hombre blanco y el negro. La primera noche de cohabitación entre una negra y un blanco marcó un hito en nuestro país, y es un día de meridiana luminosidad para la cultura del Caribe.

Ingenio cubano



Gracias a esta unión se conjugan dos factores que contribuirían al aporte definitivo en la conformación de la nacionalidad cubana. Esta unión, que se produce inicialmente al ritmo del trabajo azucarero, crea al hombre cubano en toda su complejidad y riqueza.

El mulato, esa nueva categoría individual de la sociedad, va a funcionar desde entonces como símbolo vivo de la fusión de dos razas: la blanca y la negra. Todo comienza en esa gestación, en ese producto cultural y racial. La mezcla de los elementos, el intercambio y la miscegenación en el plano cultural surgen del encuentro entre esos dos mundos. Y este encuentro ni implica ningún determinismo de una sangre y otra, sino una integración puramente cultural que da nacimiento a una realidad existente en nuestro continente.

El barracón azucarero cumple esta fusión integradora no desprovista de fricciones interraciales a la manera de una pequeña Torre de Babel tropical. Más tarde el batey sería, con su estratificación social y política y sus características históricas, el primer agente de aglutinación y simbiosis de la cultura española peninsular –atávica y feudal– y de las del continente africano con sus rasgos tribales.

Batey - 1921



La ponencia número tres del II Congreso de la UNEAC expone en clara síntesis.

Cuba es un ejemplo de “pueblo nuevo”, afroamericano o, como dijera Fidel, “latinoamericano”. La nuestra es la zona que en torno al Caribe integra esa sociedad sustentada en el sistema de plantaciones con un rico aporte humano de procedencia africana, que habrá de hacerse sentir de modo decisivo en nuestra vida toda.

Paralelamente a la gestación de productos culturales propios y a la contribución de un perfil idiosincrático nacional, surge en este proceso un sentido de lo nacional e insular. Tierras llanas, extensas y sin cordilleras, o grandes ríos nutritivos aportaron al pase y al intercambio de elementos lingüísticos y culturales. Ese apoyo telúrico, favorecido por una naturaleza noble y un clima que propicia la expansividad y la apertura, sirvió de alimento esencial en el logro de ese peculiar sentido de lo nuestro. El español,

contagiado por la cultura negra, termina asimilándola inconscientemente aunque sea para desaprobarla y hasta prohibirla: «Aquí el que más fino sea responde si llamo yo», “La canción del bongó”, de Nicolás Guillén.

Quizá por todo esto, nuestro país es más homogéneo y nuestra nación más sólida y propiamente definida. Todo nuestro ser y nuestro quehacer estuvieron siempre dirigidos, y lo están, hacia la búsqueda de una síntesis histórica y social. En esa búsqueda han quedado elementos de poco valor y se han preservado otros de valor más raigal y permanente. Este toma y daca, esta transculturación, al decir de Fernando Ortiz, nos define como pueblo en una idiosincrasia integrada por factores de diversa procedencia.

El sistema de plantación en el cultivo de la caña de azúcar propició la unión cultural de lo que sería más tarde el cuerpo social que nos identificaría como pueblo, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX —en 1827 la población negra sobrepasaba la blanca— en el que se presentaban grupos étnicos de distinta procedencia: el blanco asalariado que laboraba en el ingenio como mayoral o contramayoral y los campesinos blancos que se relacionaban con los esclavos mediante el trueque de productos como la miel de abejas o el tasajo. Por eso afirmé que el azúcar nos había unido. En efecto, al convertirse Cuba en la azucarera del mundo y sustituir a Haití como primer productor de la caña de azúcar, nuestro país consolida una industria de monocultivo que logra, entre otras cosas, unir corrientes culturales cuyo resultado sociológico y político se define en un solo vocablo de profunda significación: Cuba.

La historia de Cuba está, pues, indisolublemente ligada a la de la industria azucarera. Es un triunfo cubano, cantante y sonante, y una respuesta de nación frente a los conceptos arcaicos de feudo que preconizaban los españoles. Como veremos más adelante, Manuel Moreno Fraginals, en su excelente ensayo *El ingenio*, ha visto esto con claridad.

El desarrollo de la industria azucarera, y de un medio de vida propiamente criollo, es un fenómeno insular, autóctono y revolucionario. Pero una revolución a medias, revolución para el blanco no para el negro, que vivía en condiciones infrahumanas, refugiado en su *unio mystica*, en sus patrones culturales y religiosos utilizados como yelmos frente a la cruenta batalla de la lucha de clases.

La tremenda contradicción de vender mercancías al mercado mundial y al mismo tiempo tener esclavos se reflejó trágicamente en su mundo ideológico (el del blanco sacarócrata), su posición vacilante, con un pie en el futuro burgués y el otro en el lejano pasado esclavista, le llevaron al mismo tiempo a exigir las más altas conquistas burguesas, toda la superestructura que hace posible la libre producción y al mismo tiempo conservar las formas de protección esclavista. Por eso cuando se apoderan del grito revolucionario de libertad lo castran con un apéndice inevitable: libertad para los hombres blancos. El azúcar, con su mano de obra esclava, hizo imposible el genuino concepto burgués de libertad en la isla. [Manuel Moreno Fraginals: El ingenio].

Es contradicción de ser aspirante a burgués y esclavista redomado, o le permite una plena expresión hacia las libertades que exigía su carácter de criollo fundador de una nacionalidad. Solamente una nación a medias, manca y torva, podía gestarse con la participación de hombres sietemesinos, como diría Martí; hombres atados a una economía dependiente y a una ideología traumatizada por el cáncer de la esclavitud.

Marginados el negro y el mulato, la clase criolla blanca, de moral pacata, proyectaba la mentira de una nación unicéfala, se frustraba y hundía. Todo se lo atribuye el blanco, hasta el logro de una economía boyante debida a la mano de obra esclava. La propia abolición de la esclavitud resultaba un triunfo de los amos sacarócratas, cuando en verdad «la abolición devino realidad al ser impuesta por la acción revolucionaria popular y no de las calenturientas cabezas de los hacendados criollos», como bien escribiera el economista cubano Raúl Cepero Bonilla.

Conciencias taladas por una flagrante contradicción pretendían elevar a categoría de nación a un régimen motocultor

y esclavista. La moral esclavista primero y luego la colonial se impusieron por más de cinco siglos en nuestra Isla. Y con esos truenos qué tipo de nación se iba a crear: la nación que tuvimos hasta que Fidel Castro desembarcó con el yate Granma en las costas cubanas y dividió la historia de nuestro país.

Antes, con la Guerra de Independencia se habían unido los negros y los blancos, los chinos y los mulatos, y todo en un solo abrazo efímero para anunciar lo que sólo más tarde, con el triunfo rotundo de la Revolución socialista, sería la verdadera nación cubana, liberada de prejuicios raciales y en el camino de eliminar la lucha de clases.

El hombre blanco sin verdaderas raíces culturales, y el hombre negro intrauterino, en su *liaison* sexual, harían realidad el sueño de Martí de que cubano era más que blanco, más que negro.

El hombre blanco, hijo de los conquistadores, heredero de una España ya decadente, mística y renacentista y, en la mayoría de los casos, tahúr fugitivo de las leyes o sacerdote castigado de dudosa fe y más dudosa moralidad, venía en afán de codicia. Pero el negro era capturado y esclavizado a la fuerza, dominado mas no domesticado —como escribiera Franz Fanon—, traía su cultura compacta, su cosmogonía arraigada a mitos salvadores, a una filosofía que le proporcionaba la seguridad que no poseía el blanco, aferrado primero al oro y más tarde a la máquina productora de azúcar.

Estas dos corrientes, cada una en su peculiar proyección cultural, formaron, en traumatizada simbiosis, lo cubano. El blanco no venía para permanecer sino para enriquecerse, pero el negro, sin embargo, obligado por el látigo y la sujeción más vil, añoraba su tierra y quería encontrar en la nueva sus sustitutos materiales y espirituales.

El negro, pues, estaba más arraigado a su cultura protectora, que le servía como mecanismo de resistencia y defensa, mientras el blanco criollo sustentaba el poder y crecía sin raíces en un desmedido anhelo de enriquecerse en la sobrevida.

El blanco dominaba la técnica y la economía. Lo dominaba todo. El negro, por su parte, refugiado en sus mitos y sus dioses, dominaba la religión; pero producía bienes con sus brazos y su sangre: «Con sangre se hace azúcar». Y como producía bienes materiales y espirituales, producía

cultura; una cultura que era síntesis y expresión colectivizada de una clase: la de los explotados. Leyes generales y filosofía hallamos en el mundo del negro; el mundo del blanco no ofrece sino contradicciones y una obsesional inclinación hacia afuera, hacia la Meca europea primero, luego hacia la Meca yanqui.

Ambos mundo dependientes, ambas miradas colonizadoras. El mundo del negro fluctuaba entre el barracón y el monte, vida íntima de trabajo, vida compartida de ritual. El negro era una pieza más, no contaba en el juego de las clases ni en las jerarquías. El blanco, sin embargo, quería hacerse tecnólogo, aspiraba a poseer la máquina; aspiraba a ser el amo burgués, se enajenaba en esa vocación exacerbada. El blanco, entonces, se desdoblaba, se hacía frágil, dependiente, quedaba sometido a una economía que lo absorbía y lo dominaba.

Vivía una vida a la deriva, sin propósito, escamoteada por intereses que superaban sus ambiciones y que no podía comprender. Era un producto inacabado, una máscara, una contradicción.

El negro en su hieratismo, en su condición de pieza de una maquinaria extraña para él, se sumergía en su mundo de valores, evocaba al África durante las tareas cotidianas del campo o se alzaba cimarrón en el monte que le era familiar y en cuyo ámbito hallaba las resonancias de su tierra lejana. Las mismas divinidades ancestrales de las selvas africanas habitaban en los montes cubanos; al menos el negro las encontraba allí. El monte cubano sustituyó, en alquimia prodigiosa, el humus aborígen por el de las raíces africanas, fue el refugio del negro africano, su cielo, su cuartel, su templo, su Nirvana.

El aporte del africano a la cultura cubana, cuya génesis está en el trapiche azucarero, poseía una fuerte dosis de rebelión frente al medio opresivo. Toda la cultura que él proyecta en Cuba es defensiva. ◀ **Una cultura defensiva**

Por eso es tan duradera y homogénea, a pesar de las variantes y matices señalados ya por los etnógrafos. En las expresiones musicales, danzarias y poéticas conservadas hasta hoy subyace este fenómeno. La actividad cultural del africano es, por naturaleza, revolucionaria: un método de liberación interior y una vía para la búsqueda de la seguridad.

Oración, epifanía, conjuro, danza, todo encaminado a encontrar la salvación.

El cimarrón en su huida al monte buscaba su tierra natal. El palenque reconstruyó la vida en la aldea; con palos de guayacán y piedras construyeron fortalezas infranqueables, todo motivado por la necesidad de liberarse. Las cadenas de la esclavitud condenaron las piernas de los esclavos, ataron sus brazos, pero no pudieron amordazar su espíritu. Como señala José A. Portuondo, a Anselmo Suárez y Romero le cabe el mérito de haber sido el que más agudamente advirtiera, en su tiempo, la riqueza poética escondida en las canciones folklóricas de negros y campesinos, el tesoro latente en el folklore cubano de danzas y tradiciones, de cantares de la tierra y de ritmos transplantados de África. Romero escribe cosas como esta:

El tambor para los negros de nación y para los criollos que con ellos se crían, los enajena, les arrebató el alma; en oyéndolo paréceles que están en el cielo. Pero hay tonadas que no varían porque fueron compuestas allá en África y vinieron con los negros de nación. Lo singular es que jamás se olvidan: vienen pequeñuelos, corren años y años, envejecen y luego, cuando sólo sirven de guardianes, las entonan solitarios, en un bohío lleno de cenizas y calentándose con la fogata que arde delante; se acuerdan de su patria aun próximos a descender al sepulcro.

No sin razón señalaba Juan Marinello que el negro estaba tan enraizado en la tierra cubana, encontraba aquí un refugio tal, que lo convertía en el equivalente del indígena autóctono de América.

Desde los comienzos, el negro por su condición de esclavo, de simple tuerca, tuvo que identificarse telúricamente con la naturaleza insular.

En esta identificación se hizo fuerte, se arraigó aun cuando empleara para la elaboración de su sincretismo los patrones africanos en primer término. El proceso de integración del negro a la Isla fue siempre creador en todo sentido. Al buscar los elementos sustitutivos para una apremiante fuerza evolutiva está creando, comparando, asociando, poniendo en práctica su inventiva. Así sustituyó el cuero del antílope por el del chivo, adoró a la ceiba y a la palma en vez de al *baobab*, utilizó en vez de la nuez de cola simples coquitos o granos de maíz, suplió el *yefá* –polvillo mágico del colmillo del elefante– por simple polvo de yuca o de ñame.

Frente a la endeble instrucción del cristianismo impartida en los ingenios durante el siglo XIX, frente a la imposición de divinidades desconocidas para él, el negro respondió con sus modelos, sustituyó, estableció equivalencias exactas o aproximadas, supo partir de conceptos similares, relación, atributos, y asoció colores, símbolos. Recibió el contagio de la cultura occidental, se permeó, tuvo que asumir su lenguaje, adoptó el crucifijo, aprendió mecánicamente las normas de conducta nuevas; pero preservó heroicamente sus conceptos de la familia, sus alimentos, sus cantos y danzas: su cultura.

Cuando el blanco responde con la razón o con la fuerza, el negro responde con la magia que es su razón de emergencia. Cuenta C.L.R. James que un esclavo, cargado de papas que había hurtado de una siembra, es descubierto por el mayoral. Este le pide una explicación y el negro contesta que no son papas lo que lleva, que son piedras que le ha puesto el diablo para castigarlo. El mayoral le tira de la camisa y las papas caen al suelo. Su respuesta en su lenguaje más puro, defensivo e ingenuo.

Muy poco pudo el cristianismo influir en el negro. La campana del ingenio llamando a las tareas implacables del día tuvo mayor significación que la de la capilla; aquella era resonante y cruel, esta era sorda y hueca.

Por mucho que los sacarócratas quisieran justificar la esclavitud con sus adoctrinamientos religiosos, otorgándole al ingenio un cierto aire de tempo salvador –como diría Moreno Fraginals–, aquella misión fue inútil. Ni los misioneros eran convincentes ni los catequizados eran devotos. La cultura que surgió en el mundo del ingenio fue

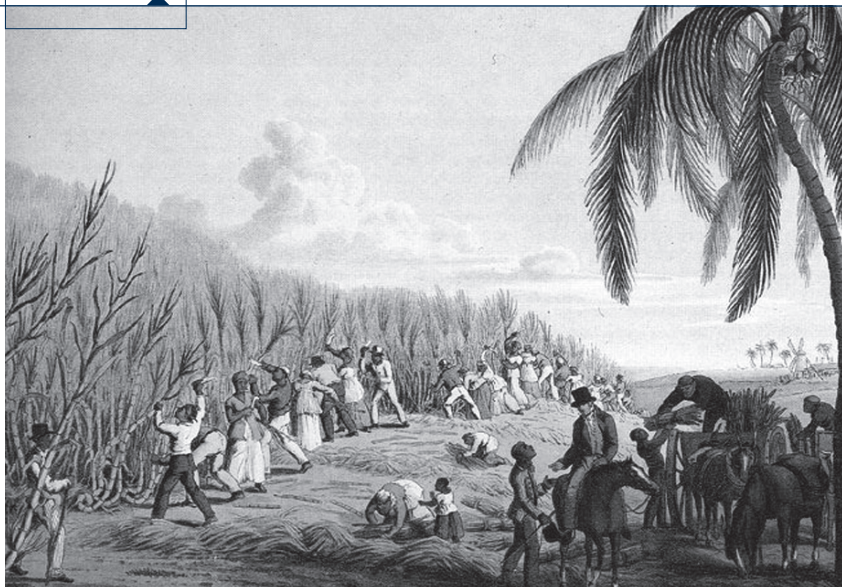
una defensa ante la penetración, absurda e incongruente, de un cristianismo que el negro no podía asimilar automáticamente por razones de profunda idiosincrasia. La Iglesia cedía, el esclavo no. Por el contrario, se hacía más solidario con sus hermanos de nación y aquella comunión que había surgido en el barco negrero, aquel *shipmate* de que hablara Orlando Patterson, cobraba nuevos y fértiles bríos.

De esta unidad, y de su consecuente resultado al transcurrirse con el mundo del obrero blanco asalariado o del campesino agricultor, surge la cultura popular tradicional de nuestro país.

Y como decíamos al principio, el barracón primero, luego el cabildo y el batey, y más tarde esa unidad celular que es el solar urbano, actúan como congeladores de lo más valioso del acervo africano y de su encuentro con la psicología del hombre blanco de clase media y del obrero simple.

La caña de azúcar, el sistema de plantación, avivó la fluencia de nuestra cultura y llevó las expresiones más populares hacia un cauce definitivo y nacional. El azúcar, en resumen, nos conformó. Fue el origen de todo nuestro ser, la casa donde se gestó nuestra personalidad. Pensamos en dependencia del azúcar y por lo tanto somos un producto de ella.

Recolección de
la caña de azúcar
Grabado W. Clark
1823



El azúcar se lo tragó todo: se tragó el café, se tragó el tabaco, se tragó los bosques y finalmente intentó tragarse al hombre cubano.

De este triturador proceso económico y fisiológico sólo se salvó aquel que no dependió de su poderío, el que tomó conciencia de su condición de explotado, el hombre revolucionario que venció la enajenación y se opuso al despotismo. Se salvó, en el siglo XIX, el esclavo con su mundo propio, independiente; con su óptica profundamente permeada por una cosmogonía que le permitía salvaguardar la individualidad. Era una máquina rudimentaria cuya primera toma de conciencia fue la cimarronería y cuyo grado de realización supremo fue el mambisaje.

Esa época de nuestra nación constituye la sustancia de toda creación poética, de todo hecho social y político. El cubano, sin dejar de ser él mismo, puede ser otro, puede transformarse en su imagen. He aquí una condición irreductible heredada de nuestro pasado histórico. La imagen del cubano no se concibe sin el concurso de estos factores originarios, de estos iniciales pasos. Símbolo de esa época, atributo imprescindible del cimarrón y arma típica del mambí, heredada de la plantación azucarera, es el machete.

El machete, símbolo de la libertad, es el instrumento de defensa nacional. «Con un machete me basta», repetía Esteban Montejo, protagonista del libro *Biografía de un cimarrón*, y héroe de cien años de lucha. El machete es el grito, el grito que sale de la economía del azúcar para liberar al país del yugo colonial, y es asumido por todo un pueblo en acción unánime.

El pasado esclavista hirió al pueblo cubano dejándole una huella en cuyo fondo radica y se funda nuestro afán de libertad. Por eso ha acometido con osadía la revelación de la condición humana en la Revolución socialista. Religión y poesía, experiencia individual y experiencia social, todo tuvo su origen en el ámbito del azúcar.

¿Qué producto de la cultura popular tradicional no surge ahí? Lo más valioso de nuestras músicas y nuestros bailes, el maní, la yuca, el garabato, la macuta, los bailes de Ocha, la caringa y el zapateo, ¿no se bailaban en los bateyes azucareros? Lo mejor de nuestra rumba –columbia y yambú–, ¿no brota en la zona de mayor auge azucarero en la extensa llanura de Colón? Nuestra fabulística, con su

intrínseco sentido antropomórfico adjudicado a la fauna cubana, nuestra mitología yoruba –el único cuerpo mitológico que poseemos en verdad–, la más preciada literatura oral del campesino cañero, ¿no hacen constante alusión al mundo azucarero, a su hábitat? El danzón y el son, ¿no provienen de zonas ricas en azúcar, donde el sistema de plantación fue víscera de la economía? Las más conocidas guarachas de nuestro teatro bufo, ¿no se refieren alguna vez a la vida del ingenio, al amo, al mayoral, al contramayoral, al esclavo? ¿No surgió la prensa cubana impelida por las transacciones comerciales azucareras? Nuestra novelística, nuestro género ligero y nuestra poesía –que bien dijo Cintio Vitier que en el poema «La zafra», en su aroma, iba toda la carga de tragedia del pueblo cubano–. Y Nicolás Guillén, en la «Elegía a Jesús Menéndez», ¿no expresó todo el drama de nuestra pseudorrepública?

Las expresiones más cultas aluden de manera directa y constante al mundo del ingenio. De la misma manera que ocurre en Venezuela con el petróleo o en Costa Rica con el banano, el eje de nuestra cultura es la caña de azúcar. Todo nuestro léxico está preñado de términos que evidencian este influjo. Desde las múltiples connotaciones que poseen los términos caña, azúcar o zafra, hasta la *lingua franca* que hablaba el botalón, esa especie de jerigonza afroespañola que influyó notablemente en el español coloquial de toda la Isla.

El caudal de la lengua africana, celosamente guardado en las libretas que poseían los sacerdotes de los diferentes cultos, estimuló la supervivencia de las lenguas y los dialectos provenientes del continente africano. Muchas de estas libretas eran viejos libros de contabilidad de los ingenios o libretas escolares o de oficina.

Este lenguaje rico en vida orgánica filológica está siendo estudiado en nuestro país por lingüistas y gramáticos. Porque no es un lenguaje caprichoso, invención de un mago, sino un serio producto histórico que nos toca interpretar y analizar. Porque en sus fórmulas, en su contenido, está la fundamentación de todo nuestro ser. Ese lenguaje que vive en el habla diaria ha ido formando una psicología de identificación con el mundo del azúcar.

Nuestras historias más remotas, nuestros mitos, nuestras fábulas, son más que cuerpos aislados o multiculturales,

expresión de nuestro destino común enraizado al sistema del monocultivo.

Cristóbal Colón al referirse a Cuba dijo: «Isla de aires muy dulces.» Y «de hablar dulce» al aludir a los aborígenes que la habitaban. ◀ **Éramos naturaleza y ya somos historia**

Con ese calificativo, de implicaciones sensoriales, parecía vaticinar lo que más tarde sería esencia de nuestra economía y de nuestra vida. El Almirante no sospechó, entre otras cosas, su condición de profeta.

En efecto, el azúcar se impuso. Pero llegó a corrompernos. Nos hizo terriblemente dependientes de una economía colonial. La cuota azucarera ejerció su dominio sobre nuestras cabezas como espada de Damocles.

“Sin azúcar no hay país”, fue el grito desesperado de la burguesía cubana durante toda la pseudorrepública. Con el triunfo de la Revolución socialista y la eliminación radical de la lucha de clases, aquel grito, como aquella espada amenazante, cesaron.

El azúcar sigue siendo nuestra principal industria. Pero ahora nos pertenece por completo. Somos los dueños de los ingenios y de la tierra que produce la caña. La exportación azucarera no está monopolizada por ningún país. Somos libres y soberanos. La dependencia traumática fue abolida de nuestras conciencias. El 1° de enero de 1959 nos salvamos como nación y como pueblo. Toda la cultura que se generó en el mundo del azúcar, nuestra cultura popular tradicional, junto a otras expresiones de economías colaterales fue asumida por nuestro pueblo en gestión espontánea y natural.

Al no existir diferencias de clases, al abolirse todo vestigio de estratificación, la cultura popular tradicional es una e indivisible.

Por primera vez en nuestro país el pueblo logra su identidad nacional y enarbola con orgullo el producto que como resultado histórico se creó en los campos de caña de la esclavitud y de la pseudorrepública.

Sin discriminación, sin el lastre de la lucha de clases, en una sola voz, en una expresión coherente donde convergen todos los elementos que conforman al hombre cubano, somos.

Es posible que no sepamos bien todavía qué somos. No creo que eso importe demasiado. Lo que sí es importante, porque trasciende todas las dudas, es que lo que somos nos pertenece. Lo nuestro, por primera vez, es nuestro de veras. Éramos naturaleza y ya somos historia. Historia de una nación en desarrollo hacia la sociedad perfecta, como quería Marx, sin lucha de clases.

El azúcar nos unió para esclavizarnos y ahora nos une de nuevo en la liberación. Aquel que llegó amordazado de las costas de su tierra de origen, al que le pusieron las cadenas, y aquel que se enajenó en una economía independiente de poderes foráneos, contribuyeron a que nos quitáramos el yugo de la esclavitud cultural y política en increíble paradoja.

Nos salvamos de ser consecuencia de un régimen semifeudal en franca decadencia, y de uno semicolonial. Dejamos de ser españoles para ser cubanos. Y cuando nuestra economía estuvo a punto de quebrantarse la salvamos. Dejamos de ser blancos para ser cubanos, que es más que blanco y más que negro. «Todo mezclado», como dijera Nicolás Guillén, en las borboteantes calderas del ingenio azucarero.¹

1. 1979.